

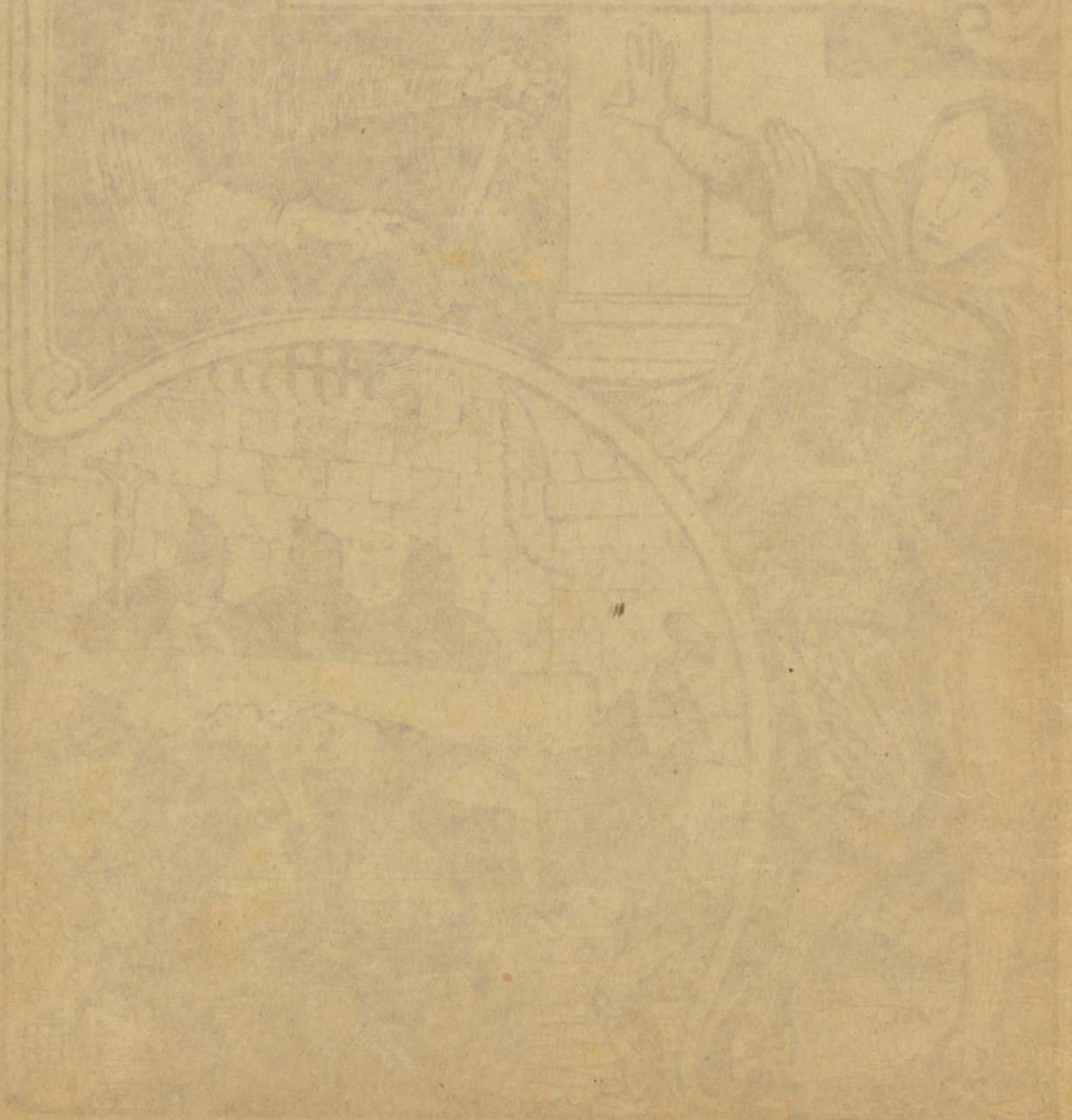
CARLOS II EL HECHIZADO

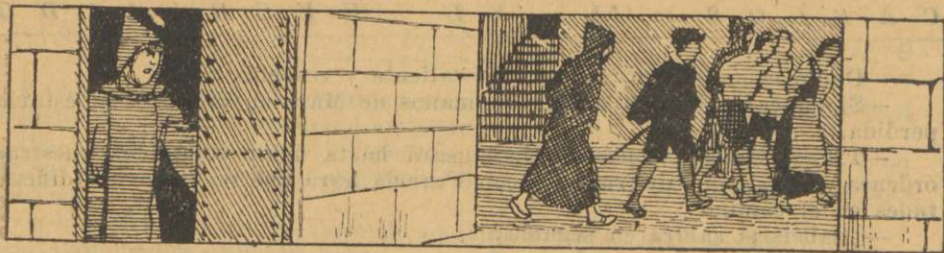
O LA CRUELDAD DEL SANTO OFICIO



CARLOS III EL HECHURO

OFICIO DE LA CRUZADA DEL





CAPITULO VII

EL CAZADOR CAZADO

I: VISITA INESPERADA.—II: INQUIETUDES DE UN AMBICIOSO.—III: LA MIRADA FRÍA.—IV: OFICIOSIDAD CASTIGADA.

I

VISITA INESPERADA

Existían demasiados enemigos en derredor de María Luisa de Orleans para que ésta no temiera a cada instante una nueva asechanza. Hasta de aquellos que podían protegerla había momentos en que también dudaba. La Inquisición estaba de su parte, pero no por ella misma, sino por su propio egoísmo. En el rey, su esposo, no confiaba para nada. Le sabía débil, asustadizo, atemorizado de una parte por el Santo Oficio, que le disponía en contra de los austríacos e influenciado además de modo contrario por su confesor, el padre Froilán, y Mariana de Austria.

De cuantos podían servirla, sólo dos personas, sólo dos corazones ofrecíanle plena confianza; el de Carlota, cuyos buenos oficios y consuelos había perdido al caer la joven dama prisionera del sanguinario tribunal y el de Alonso, lanzado por la duquesa de Albuquerque a tan comprometida y peligrosa aventura.

Cuando el heredero de Medinasidonia salió de la cámara regia, las dos mujeres quedaron silenciosas algunos instantes. La duquesa observaba a María Luisa. Iba leyendo en su rostro, en la expresión de sus pupilas, los pensamientos que cruzaban rápidos por el cerebro de la reina amenazada.

La vieja dama rompió por fin su mutismo, interrogando:

—¿Estáis arrepentida de cuanto acabáis de hacer?

—No sé, no sé, duquesa. Se trata de un duelo a muerte en el que mis enemigos llevan casi todas las ventajas.

—Luis XIV procurará salvarlos.

—¡Quién sabe! María Teresa de Austria, su esposa y a la vez hermana de Carlos, puede ser un peligro para mí.

—María Teresa renunció al contraer matrimonio con vuestro tío a sus derechos al trono de España.

—La fuerza de las armas rompen esas renunciaciones con facilidad extraordinaria, duquesa. No sería la primera vez que Luis XIV, arrastrado por sus ansias de poder, faltara a sus compromisos, tanto más cuando España hallase entregada en manos de una taifa de logreros y de ambiciosos... ¿Suponéis que Alonso podrá llegar a París?

—Dadlo como seguro, señora. Es valiente y resuelto.

—Si mi carta llegara a caer en manos de Mariana de Austria, estaría perdida.

—Tranquilizaos. Alonso no descansará hasta dejar cumplidas vuestras órdenes y la paz que disfrutamos con Francia hará que no encuentre dificultades en el camino.

—¿Sabéis si saldrá en seguida?

—Vos misma podréis verlo partir, ya que no dudo que tan sólo el tiempo necesario para preparar una cabalgadura tardará en emprender el viaje.

—¿Y Carlota? ¿Habrá de abandonarla?

—Alonso os prometió salir inmediatamente y no faltará a su palabra.

La reina, cuya inquietud no le permitía reposar, alzóse del sillón y corrió hacia el ventanal, mientras pronunciaba:

—Quizás que desde aquí podamos descubrirlo.

—¡Sin duda!

La de Albuquerque siguió a la soberana, pero antes que la duquesa llegara al ventanal, María Luisa dejó escapar un grito de angustia.

—¿Qué os sucede?—interrogó, sorprendida, la de Albuquerque.

¡Mirad! ¡Mirad! ¡Son esbirros del Santo Oficio!—exclamó la reina.

—¿Y bien?

—¿No lo veis? ¡Alonso ha sido maniatado! ¡Le han cubierto con una capa la cabeza! Se lo llevan... ¡Dios mío.

—¡Dios no quiere la felicidad para nosotras!

—Es él, ¿verdad, duquesa? ¡Es él!

—No puede ser otro, señora. Nadie sino Alonso salió por la escalera de servicio.

—Sin embargo, alguien nos espiaba.

—Es indudable; de otro modo no le hubieran sorprendido.

Recordemos que Dimas, al salir del escondrijo que hubo de buscarse en la antecámara de la reina, para seguir los pasos de Alonso, escuchó un grito en el regio aposento. Aquella exclamación angustiosa fué la que María Luisa lanzó al descubrir como los esbirros capitaneados por el conde de Melgar detenían y maniataban al embajador austríaco, creyendo que prendían al heredero de Medinasidonia, como así mismo lo creyeron María Luisa y la duquesa.

Ambas mujeres quedaron durante algunos instantes mudas por el terror que tan insospechado suceso les producía.

Habló la reina levemente, como si hablara a su propia conciencia:

—¡Le registrarán, le hallarán mi carta para el rey de Francia!

—Nada puede importaros. Fácilmente os la devolverá el inquisidor.

—¡Nunca! En vano os proponéis tranquilizarme. Desde hoy seré una prisionera del padre Mendoza.

—Pero vuestra enemiga, la reina madre, está perdida, y siempre obtenéis con ello una ventaja.

—O quizás una nueva complicación.

—¿Lo suponéis así?

—¿Cómo no suponerlo? La prueba que tendrá el inquisidor no será otra que mi carta, la confesión explícita de cuanto sucede y el rey sabrá que he sido yo quien acusa y quien pierde a su madre. ¿Comprendéis?

—¡Maldita casualidad!

—¡Decid mejor maldito espía!

De nuevo el silencio reinó entre las dos espantadas mujeres. En la duquesa era mayor el dolor que el espanto.

María Luisa no podía dominar su nerviosidad. Había reaccionado y al desaliento sucedió una inquietud extraordinaria.

Iba y venía paseando el aposento en toda su longitud. De pronto y al fijar sus ojos en la duquesa descubrió el llanto que corría por las mejillas de la vieja dama.

—¿Lloráis?... ¡Como si llorando pudiera hallarse una solución!

—¡Perdonadme, señora! Alonso es prisionero del Santo Oficio y sin duda morirá en el tormento.

—Si es leal y destruye mi carta antes de entregarla, puede ser...

—Aunque así no lo haga, señora, morirá de la misma manera.

—¿Por qué?

—Carlota está en poder del inquisidor, es bella y...

—Comprendo, pero... ¿tanto queréis a ese caballero?

—¡Mucho!

—¿Es vuestro pariente?

—No, señora.

—Entonces...

—Le quiero, sin embargo, como a un hijo.

Tales palabras impresionaron a la reina acaso por su propia sencillez, pero el egoísmo hablaba en María Luisa, sobre todo otro sentimiento y pronto volvió a ocuparse de lo que personalmente le interesaba.

—Si al menos—dijo—pudiéramos informarnos... saber...

—Pronto tendremos noticias detalladas del suceso.

—¿Por quién?

—¿Conocéis a Dimas?... Dimas es un criado de Portocarrero...

—Que participará de las opiniones de su señor.

—Dimas me obedece y sirve a vuestra majestad antes que la Presidente.

—¿Por qué razón?

—Sería muy largo de contar, señora. Os diré solamente que vió nacer al prometido de Carlota.

—¿Y bien?

—Por encargo mío debía seguir los pasos de Alonso y defenderle

—¿Y Alonso sabe que dispone de semejante auxiliar?

—Lo ignora ya aun lo tiene por enemigo.

—¿Razón?

—Evitar que Portocarrero llegue a conocer la verdadera misión de su criado.

—¿Suponéis que Dimas haya seguido al prometido de Carlota?

—Es indudable y me parece muy extraño que estando Alonso en las cárceles del Santo Oficio, Dimas no haya regresado a Palacio.

—Si le habéis encargado que no le abandone...

—¿Y qué podría hacer el infeliz contra el poder de la Inquisición?

—Es cierto... Acaso os espera en vuestras habitaciones.

—Es posible. Si me lo permitís saldré para informarme.

—¿Y si no pudierais volver? Perdonadme, pero no debéis olvidar que vuestra presencia aquí debe quedar ignorada por el rey y por Mariana de Austria.

—Es cierto, señora... Entonces...

—Ordenaré yo misma que le busquen y que se presente tan pronto puedan hallarlo. Me interesa conocer sus informes.

—Hacedlo vos, ya que yo no podría realizarlo.

Agitó María Luisa una pequeña campana de plata y la dama de guardia

apareció en el umbral de la estancia. La duquesa de Albuquerque procuró ocultarse tras una de las gruesas cortinas que adornaban el aposento.

—¿Me necesitáis, señora?—interrogó respetuosamente la recién llegada.

—Ordenad que busquen a Dimas, un criado del presidente Portocarrero. Deseo que no sepa el presidente mi deseo.

—Lo ignorará si así conviene a la señora.

—Tan pronto encuentren a ese hombre, hacédle venir.

Tras estas palabras, que la reina pronunció breve, casi bruscamente, la dama salió del aposento y un segundo después, la duquesa de Albuquerque abandonaba su escondrijo.

—¿Y ahora?—interrogó María Luisa.

—¡Ahora, esperar! La menor iniciativa significaría una imprudencia de la que habríais de arrepentiros.

Difícilmente pudo la duquesa dominar la nerviosidad de la reina a partir de aquel instante. Descabellados proyectos, imprudentes proposiciones, locos deseos de penetrar en las cárceles del Santo Oficio y llegar hasta el calabozo en que María Luisa suponía que Alonso hallábase prisionero. Humildemente, pero con resuelta energía pudo lograr la vieja dama que nada de esto llegara a realizarse.

En situación tan inquieta y desesperada habían pasado cerca de dos horas cuando, súbitamente, escucháronse unos apresurados pasos de alguien que se dirigía al cuarto de la reina.

—¡Por fin!—suspiró María Luisa.

—Todo llega, señora. Dimas nos dirá cuanto ha sucedido.

Alzóse el pesado cortinaje, pero en lugar del ayuda de cámara del conserjero, en el umbral de la acámara, pálida, contraído el rostro por un gesto de profunda contrariedad, apareció Mariana de Austria.

La reina dejó escapar un pequeño grito y la duquesa inclinó la frente y quedó inmóvil.

II

INQUIETUDES DE UN AMBICIOSO

No era la visita de la reina madre injustificada ni solamente un motivo de imprudente soberbia hubo de producirla.

Mientras que María Luisa y la duquesa de Albuquerque dialogaban inquietas en el regio aposento, en el cuarto de la reina madre sucedía una escena de positivo interés para nuestro relato.

Mariana había recibido una visita, visita insospechada, cuyos motivos hemos de conocer muy pronto.

Apenas el padre Pascual dió por terminada su misión encerrando en un calabozo de la Inquisición al nuevo prisionero, conducido por el conde de Melgar, y mientras éste dialogaba brevemente con el inquisidor, el referido secretario dióse también a reflexionar sobre los importantes sucesos que habían ocurrido durante tan agitada noche.

El padre Pascual era hombre práctico. Le gustaba una vida tranquila sin demasiadas preocupaciones y su lealtad al inquisidor estaba en relación directa de las ventajas que dicha lealtad pudiera proporcionarle.

Por su cargo cerca del padre Mendoza no desconocía el dominico la lucha que el inquisidor sostenía en la corte y sin exteriorizar nunca su opinión más

que a medias palabras, a fin de no comprometerse demasiado, el padre Pascual iba siguiendo el hilo de los acontecimientos, dispuesto siempre a variar de rumbo tan pronto viera que su ventaja pudiera hallarse en peligro.

Para el fraile había llegado el momento cumbre en aquella difícil navegación a través del proceloso mar cortesano y ya, sólo en los tenebrosos corredores del Santo Oficio, dióse a reflexionar en las consecuencias inmediatas de tan importantes acontecimientos.

—El papel francés—se dijo—baja de un modo alarmante. El inquisidor confía demasiado en los calabozos y en la hoguera, pero todo eso está bien para el pueblo y aun para la nobleza, pero es inútil para el rey... Es decir, que si Carlos II, en lugar de ser un fanático, un supersticioso, un idiota, lograra despejar su imaginación de fantasmas y disponer enteramente de su real voluntad, no creo yo que al monarca se atreviera el padre Mendoza a llevarlo a la sala del tormento ni a mandarlo al brasero por muy solemne que fuera el auto de fe que la Inquisición organizara. Esto no precisa demostración. El rey quiere a los suyos, a la casa de Austria y ha de arrimar el ascua a su sardina.

“Por su voluntad habría ya nombrado para sucederle al Archiduque Carlos, y si no lo ha hecho, sin duda es por miedo a una inmediata complicación con Francia, a encender la guerra nuevamente para terminarla luego a costa de millones de humillaciones y de tierras. ¡Todo esto es evidente!... Pero... la causa de Francia está desmoronándose por falta de defensores. La reina sólo sabe llorar y lamentarse y su joven dama la bella Carlota, que dábale aliento y confianza está en nuestras manos encerrada en el calabozo del torreón. Cuando salga... si sale... saldrá como yo sé. Los presos que deja escapar el Santo Oficio dejan de ser personas para convertirse en espectros. La influencia de Carlota puede darse por terminada. Alonso, que por su cuna y por su valentía hubiese removido cielo y tierra por salvar a su dama y a la reina, ha caído también en la ratonera, gracias a los maquiavelismos del inquisidor, que prende en ocasiones a sus propios aliados... ¿Quién queda?... El de Melgar, el Almirante de Castilla, gran persona, mientras a Portocarrero no le parezca bien eliminarlo. El conde, que anda siempre a la zaga de unos y otros, no puede ser un valor positivo...”

El padre Pascual detuvo la marcha lógica de sus reflexiones para retroceder al punto de partida. Realizó algo parecido a un examen de conciencia y hubo de confirmarse a sí mismo todos sus pensamientos anteriores.

—¡Sin duda—imaginó—mis ideas son las que mejor responden a la realidad. Prosigamos.

En aquel instante el dominico hubo de interrumpir sus reflexiones. Por el pasadizo donde se hallaba avanzaban algunos esbirros conduciendo a varios condenados.

—Acaso los llevan a la sala del tormento y si me descubren tendré forzosamente que acompañarlos. No me interesa semejante comisión. Lo que yo tengo que hacer es de más importancia. Me buscarán, pero yo procuraré que no me encuentren. Irán con la queja al inquisidor, pero el inquisidor duerme y no despertará hasta dentro de tres horas...

Reflexionando así, el dominico habíase agazapado al final del pasadizo, tras la puerta abierta de un calabozo vacío, y cuando las figuras y los pasos de condenaos y carceleros perdiéronse en las tinieblas, salió de su escondrijo. Caminó cauteloso hacia la salida de la cárcel, eligiendo para ello el camino más solitario. Como medida de precaución había cecho la parda capucha del hábito sobre su cabeza.

Mientras caminaba, sus labios pronunciaron sin voz, movidos únicamente por la fuerza imaginativa:

—Es el único valor. Mariana de Austria es en la corte lo verdaderamente positivo. Casi todo el Consejo de España está de su parte y no tardará en ser suyo el triunfo. Es preciso, Pascual, que te arrimes al sol que más calienta, pero de tal modo que no puedas quemarte los dedos.

Segundos después, el secretario del inquisidor atravesaba los umbrales del Santo Oficio y siempre cobijado bajo la parda capucha del hábito, encaminaba sus pasos al alcázar.

III

LA MIRADA FRÍA

Mariana de Austria hacía pocos minutos que había despedido a cuantos le rodeaban en su cámara. El último en retirarse fué el Cardenal Portocarrero. Este pronunció a modo de despedida al recibir la orden de retirarse.

—No desconfiemos, señora. Ya sabéis que pequeñas causas suelen producir grandes efectos, pero precisamente porque las causas son insignificantes pueden desaparecer para que los efectos no se repitan.

—Verdaderamente el inquisidor, odiándonos, nos ha favorecido prendiendo a esa maldita muchacha.

—Ya veis, señora, como todo va componiéndose según nuestro deseo. El Conde de Harcourt, el embajador francés no debe preocuparnos. Es amigo de la vida cómoda y sin inquietudes, acaso porque, un tanto filósofo, comprende que nada adelantaría de otra manera...

—Sin embargo—interrumpió la reina madre—conviene no perderlo de vista. El Conde habla demasiado con el rey, le acompaña en sus paseos por los jardines de palacio, juega con su majestad.

—Y le hace reír de vez en cuando con sus payasadas. Pediré al rey una gran cruz para el embajador.

—El toisón será poco con tal de tenerlo seguro... ¿No recordáis más enemigos, Cardenal?

—Nos queda Alonso Pérez, señora, rebelde a las órdenes de su padre y protegido extrañamente por el inquisidor, ya que solamente al padre Mendoza debe la libertad que S. M. el rey le ha concedido.

—Por Alonso no debéis preocuparos.

Portocarrero no podía dudar; en los ojos de Mariana de Austria pudo ver si dificultada una sentencia de muerte.

—Tenéis señora, una gran disposición para las resoluciones extremas.

—Pues aprended de mí. Cuando haya llegado nuestro ahora, preciso que sepáis imitarme.

—La persona que se ha encargado de...

—Se trata de Grendín.

—¿El criado del embajador de Austria?

—El mismo... Y a propósito. Si halláis al embajador rogadle que no deje de venir a mi cuarto.

—Supongo que se hallará descansando.

—Lo esperaré a medio día. También yo deseo dormir. ¡Dejadme Cardenal!...

Portocarrero retrocedió, sin volver la espalda, hacia la puerta. Iba francamente asustado.

Por su parte Mariana de Austria, que físicamente se hallaba rendida, no lograba sin embargo conciliar el sueño que reparara sus energías. Su inquietud, su preocupación podía más que su rendimiento.

—¿Habrá cumplido Grendín mis órdenes? ¿Me traerá la carta de María Luisa?... ¡Qué raro! El embajador luego de su aviso no ha venido a verme. ¿Por qué?

Estos puntos oscuros desesperaban a la reina madre.

—¿Acaso Alonso ha escapado y Grendín lo persigue?... Bien. Estoy segura de que logrará alcanzarlo. El correo de la Reina caerá víctima de su propia confianza.

Mariana con la plena voluntad que ponía en todos sus actos, decidió descansar algunas horas.

—El sueño logrará matar la impaciencia.

Disponíase a llamar a la Condesa de Berlipo su camarera mayor, a la cual el pueblo, odiándola, había dado en llamar "la perdiz", cuando ésta apareció en el umbral de la estancia.

—¿Has adivinado mi deseo?—exclamó la reina madre al descubrirla.

—He venido señora para anunciaros una visita.

—¿Una visita? ¡No son horas de recibir a nadie!

—Perdonad que insista... Ese fraile se llama el padre Pascual y es secretario del Inquisidor.

—¡Ah!

La exclamación hubo de revelar la extraordinaria sorpresa que en la reina madre produjeron aquellas palabras.

IV

OFICIOSIDAD CASTIGADA

—¿Qué significa semejante visita?... ¿Pide gracia el inquisidor? ¿Acaso trata de engañarme brindando una falsa alianza que de ningún modo puede convenirle?... No es fácil. De ser así hubiese venido él... Quizá el recado tenga realación con Carlota. Si amenazada por el tormento ha declarado lo que sucedió en el cuarto de la Reina... ¡En fin! No puedo acertar para prevenirme.

La Condesa de Berlipo habló de nuevo:

—¿Qué debo decir al fraile, Majestad?

—¡Que pase inmediatamente! Procurad que nadie pueda escucharnos.

Unos segundos después el padre Pascual penetró en el aposento de Mariana de Austria.

—Ante todo he de pedir os perdón, señora, por mi atrevimiento.

—Hablad. Su pongo que el motivo será importante.

—¿Importante? ¡Importantísimo, señora!

—¡Hablad por fin y dejados de más rodeos!

—Como buen religioso soy amigo de la tradición y por ello a pesar de que el Santo Oficio, a quien debo obedecer y obedezco...

—¡Adelante!

—Os decía que no obstante mi obediencia al Santo Oficio, mis afectos y mis simpatías están con la casa de Austria.

El padre Pascual esperaba ver en el rostro de la reina madre un gesto de

complacencia, de íntima satisfacción, pero observó que la actitud de Mariana de Austria no perdió su aire desdeñoso, ni sus pupilas la dureza de una amenaza. El fraile no pudo evitar un profundo estremecimiento. Si hubiese podido retroceder lo hubiese hecho, pero ya no le quedaba otro remedio sino avanzar por el camino emprendido.

—¡No acabaremos!—dijo la reina madre.

—¡Acabamos, señora! Alonso Pérez está encerrado en un calabozo del Santo Oficio!

Apenas hubo escuchado Mariana de Austria estas palabras, avanzó resueltamente hacia el fraile. Sus ojos brillaban como dos carbunclos. Había palidecido intensamente y las manos de la reina madre sujetaron al fraile por los hombros, sacudiéndola con extraordinaria violencia.

—¡Pronto! Decidme si el inquisidor ha encontrado la carta.

—Pero...

—Confesadlo o juro que no saldréis vivo de mi presencia.

El dominico se consideró perdido. Miró espantado las pupilas amenazadoras de la reina madre y pudo articular por fin:

—¡No sé a qué carta podéis referiros, señora!

Había tal sinceridad y tal espanto en aquellas palabras que Mariana de Austria comprendiendo que a sí misma iba a delatarse, soltó al dominico y retrocediendo algunos pasos reflexionó un segundo.

Pareció recobrar instantáneamente la serenidad perdida y alzando sus miradas sobre la blanca cabeza del padre Pascual, descubrió junto al cortinaje que cerraba la puerta de la estancia el rostro de la Condesa de Berlipo.

Las voces de la Reina madre había atraído a la condesa que en el instante a que nos referimos advirtió y comprendió un gesto rapidísimo de su señora.

El padre Pascual que todo lo temía en tan comprometida situación, no pudo descubrir la señal de inteligencia.

Entre tanto Mariana reflexionaba lo que más le convenía.

—Es indudable que este mabicioso no sabe que Alonso es portador de una carta para Luis XIV; conviene que siga ignorándolo y además que no pueda referir el lance ni recordar ante nadie mis palabras.

En aquel instante la Condesa de Berlipo penetró en el aposento.

—Majestad. El Cardenal Portocarrero desea veros con urgencia.

El lazo para cazar al dominico estaba preparado y Mariana de Austria dirigióse al fraile.

—Es preciso que os ocultéis. El cardenal no debe veros en mi aposento.

—¿Ocultarme? ¿Y dónde señora?

—Aquí mismo. En este mismo armario. No haced el más leve ruido si en algo estimáis vuestra vida.

—¡Estoy pronto a obedeceros, señora!

El fraile penetró en el interior del mueble y la reina madre respiró cuando lo hubo encerrado bajo dos vueltas de llave.

—Ahora—murmuró—voy al cuarto de María Luisa. Es preciso que me convenza de la existencia de esa carta. Luego pensaré el modo de parar el golpe.



CAPITULO VIII

CRIMEN DESCUBIERTO

I: EL PASADO Y EL PRESENTE.—II: EL RETORNO A LA VIDA.—III: IMPORTANTE
DESCUBRIMIENTO.—IV: PELIGROSA CONFIDENCIA.

I

EL PASADO Y EL PRESENTE

Por nuestro precedente capítulo sabemos los importantes y casi decisivos motivos que la reina madre tuvo para dirigirse al cuarto de María Luisa. Mariana era poco hábil para dominar las situaciones difíciles. Dádale el rostro, no por virtud, sino por falta de condiciones para esquivarlo y esto en más de una ocasión representó una ventaja positiva para sus enemigos.

En el momento a que nos referimos, iba dispuesta a vencer de cualquier modo olvidando fingidos respetos y positivas conveniencias.

—Si, en efecto—pensaba—María Luisa entregó su carta al detenido, la inquisición, el Rey, el mundo entero serán poco para detenerme. Necesito esa carta a toda costa y conseguirla será para mí cuestión de vida o muerte.

Llegaba a este punto de sus reflexiones cuando hallóse en el umbral de la cámara regia. Casi violentamente apartó a la dama de guardia y alzó el blasonado cortinaje. Acaso tan profunda como fué la sorpresa de María Luisa y de la Duquesa al descubrirla resultó la experimentada por la Reina madre al descubrir a la antigua amante de Felipe IV. Aquel detalle acabó de exasperarla y como una tromba penetró en la regia estancia.

Temblándole los labios, centelleándole las pupilas, interrogó a la Reina, luego de dirigir una despreciativa mirada a la duquesa.

—¿En tan poco os tenéis que admitis en vuestra cámara a una mujer perdida?

María Luisa temía siempre los momentos difíciles, hasta que no llegaba el instante irremediable de afrontarlos. Cuando este minuto crítico se producía, sabía disponer para dominarlo de una rara y maravillosa energía. Por eso temía tanto a la traición, que inutilizaba toda defensa precisamente por la absoluta confinaza en sí misma.

Mariana de Austria iba a encontrar en su nuera una digna enemiga.

La duquesa de Alburquerque, que conocía demasiado a María Luisa, imaginó lo que seguramente había de ocurrir y retrocedió, dispuesta a no despegar los labios. La Reina, por su parte, resistió valerosa la mirada de ame-

naza de la madre del rey, y luego de un breve silencio, un segundo que acaso valió por una eternidad, expresó con sosiego, si no verdadero, por lo menos admirablemente fingido.

—Preguntadme antes, señora, cómo no arrojo de mi cámara a quien se permite penetrar en ella luego de haber intentado asesinarne.

Mariana de Austria quedó un poco aturdida por esta respuesta. No esperaba ciertamente que le devolvieran el golpe con tanta valentía.

Logró reaccionar y pronunció después:

—La culpable está sometida al tribunal del Santo Oficio.

—Ojalá sucediera así para bien de la verdad y de la justicia.

—¿Acaso no lo sabéis? Os extraña, sin duda que vuestra dama, en la que teniais puesta la mayor confianza, os haya traicionado de semejante modo.

La reina no pudo soportar un cinismo tan extraordinario y avanzó unos pasos hacia la madre del monarca.

—¿Aún tendréis el atrevimiento de acusar a Carlota?

—¿Quién pudo ser sino ella?

—¡Vos! Vuestras propias manos vertieron el veneno que había de matarme. ¡Tanto interés habíais puesto en vuestro crimen que a nadie quisisteis confiar la misión criminal, el hecho repugnante que habréis de espiar más o menos tarde.

—¡Silencio! Sobre todos vuestros defectos destaca el más capital. ¡La imprudencia!

—¡Eso quiere decir que confesáis!

—¡Callad!

—Al contrario. Quiero hablar alto, muy alto, quiero que lo sepan todos, que conozcan cómo Mariana de Austria, la reina viuda de Felipe IV, sabe cubrir, en un instante determinado, el papel de verdugo. Lo que siento es que nadie puede escucharnos.

—Os oye esta mujer y es bastante. Esta mujerzuela con corona de duquesa manchada y prostituída.

La de Albuquerque palideció. Parecía que iba a desplomarse. Sus piernas vacilaron un momento, pero no replicó una sola palabra.

María Luisa pronunció, señalando a l avieja amante del rey fallecido.

—Esta mujer, esta señora, cuyo pasado nada me importa, vino a defenderme de vos y de cuantos se han convertido en vuestros cómplices. ¿Qué puede importarme su historia si contra la traición, contra el asesinato opone su lealtad?

Mariana de Austria, impasible y atenta a llevar la entrevista por el camino de su verdadero deseo, halló la ocasión propicia para iniciarse.

—También habrá sido ella, sin duda, quien os ha inspirado vuestra carta para el rey de Francia. ¿No es cierto?

El golpe había resultado rudo y decisivo. María Luisa vióse descubierta y sus labios temblaron, sin que toda su voluntad lograra evitarlo. Mintió lamentablemente, dejando traslucir la angustiada mentira.

—No existe semejante carta. A nadie debo acudir cuando por mi solo esfuerzo puedo defenderme.

—No quiero haceros responsable de semejante imprudencia, pero deseo castigar y castigar por mi propia mano a la verdadera responsable.

La reina madre avanzó resuelta hacia la duquesa de Albuquerque. Alzada llevaba su mano derecha pronta a descargarla sobre las lívidas mejillas de la vieja amante del rey.

La duquesa no reliazó el más pequeño movimiento para defenderse, pero

en el instante crítico, cuando el atropello estaba a punto de realizarse, María Luisa se interpuso resueltamente entre las dos mujeres:

—¡Reportaos, señora!

—Dejame o saltaré sobre vos para abofetearla.

—¡Atrás!—replicó la francesa con plena dignidad.

Forcejeó Mariana de Austria, pero la reina hubo de hacerla retroceder violentamente.

—Respetad a la reina de España o juro que os haré salir de aquí, arrastrada por mis lacayos.

Mariana comprendió entonces que su carácter, dominador e impulsivo, había llevado demasiado lejos. Retrocedió cuando ya era tarde, cuando su agresividad había colocado las cosas, rompiendo todo disimulo, en un terreno de absoluta violencia. A partir de aquel instante de las dos reinas enemigas sobraría una en la corte española.

Para desdicha de la irascible austríaca, María Luisa era el presente indiscutible y categórico, mientras que ella, la madre del soberano, er aun pretérito absoluto que solamente en la intriga podría refugiarse.

Difícil hubiera sido predecir el final de tan violenta entrevista si en aquel momento un gentilhomme no hubiese aparecido en el umbral de la estancia, anunciando, mientras doblaba su cuerpo en profunda reverencia:

—¡Su majestad el rey!

Un silencio de súbita expectación, de profunda sorpresa, prodújose en las tres mujeres.

La duquesa, que se hallaba próxima al cortinaje que separaba el aposento de la antecámara, estancia bastante conocida para nosotros, obedeció a una súbita idea y, retrocediendo más, ocultóse tras la blasonada cortina, penetrando después en la referida antecámara, en el mismo instante en que Carlos II atravesaba el umbral del aposento.

María Luisa, que no podía explicarse la razón de tan extraña visita, tanto más cuanto el monarca parecía tener hundido en su fanatismo suicida hasta el recuerdo de su esposa, comprendió que fuese cualquiera el motivo de semejante novedad, lo interesante para ella era ganar la partida, adelantándose. Olvidando toda clase de conveniencias, exclamó dirigiéndose al soberano, con las manos enclavijadas:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Justicia para la reina! Vuestra madre...

Mariana la interrumpió resuelta:

—¡Justicia! ¡Es cierto! Pero tan implacable como merece quien traiciona el interés de la patria y su dignidad soberana.

La reina madre acababa de iniciar la tremenda acusación contra María Luisa, pero Carlos II debía llegar, influenciado contra su madre, porque la interrogó impasible, haciendo caso omiso del ardor combativo que Mariana había puesto en sus palabras:

—¿Qué significa semejante afirmación?

La viuda de Felipe IV consideróse vencedora y respondió,

—Ordenad que traigan a palacio al heredero de Medinasidonia y permitidme que yo le interroge en vuestra presencia.

—¡Siento no poder complaceros!

—¿Y es así como vuestra justicia ha de manifestarse?

—¡Contra la muerte no hay poder suficiente en la tierra!

—¿Contra la muerte?

—Alonso Pérez ha caído asesinado por una mano criminal junto a las paredes del Santo Oficio.

Como respondiendo a las palabras del rey en la estancia inmediata escuchó un grito de angustia y después el ruido de un cuerpo que se desplomaba pesadamente.

María Luisa, aturdida, dominada por la dolorosa sorpresa, no pudo hacer el menor movimiento.

Carlos II sorprendió en las pupilas de su madre una centella de criminal y oculto regocijo.

Aparentó no haber advertido semejante detalle, y ajeno también al grito de dolor de la oculta duquesa, que todos habían escuchado, exclamó breve, dirigiéndose a Mariana de Austria:

—¡Salid!

—Pero...

—¡Salid! El rey lo manda.

¿Qué significaba aquella orden? ¿Qué oculto y sin embargo manifiesto sentido de regia severidad encerraban aquellas palabras?

La reina madre obedeció. No podía oponerse. Al volver su rostro hacia la salida del aposento, advirtió a Portocarrero y al padre Froilán que, mudos, con la inquietud pintada en el semblante, habían presenciado la extraordinaria escena. Tras el confesor del rey le pareció descubrir al embajador francés y junto al diplomático al conde de Melgar.

Aturdida, aplastada moralmente salió de la regia estancia y advirtió como, al dirigirse a sus habitaciones, dos gentileshombres siguieron sus pasos.

Ya en plena galería se detuvo y volviéndose airadamente hacia los palaciegos, interrogó:

—¿Dónde vais?

—¡Cumplimos órdenes del rey, señora!

Mariana de Austria no penetró en su dormitorio. Quedóse en un salón inmediato, y luego de haber cerrado la puerta, miró inquieta por el orificio de la cerradura.

Los dos servidores de Carlos II guardaban la entrada. Mariana de Austria convencióse de que se hallaba prisionera.

II

EL RETORNO A LA VIDA

Para explicar la escena que dejamos relatada en nuestro capítulo anterior, preciso será volver los ojos hacia uno de nuestros más conocidos personajes. Queremos referirnos a Dimas, a quien dejamos desvanecido en los primeros peldaños de la escalera de servicio próxima al cuarto de la reina.

Afortunadamente para el criado del Cardenal y amigo de la duquesa de Alburquerque, su desvanecimiento, producido por el golpe que hubo de sufrir, no fué cosa grave. Grendín, atento tan sólo a no perder la ocasión propicia para cumplir las órdenes de la reina madre, no causó daño de importancia al abnegado servidor.

Este tardó poco en recobrar el sentido, tardando, sin embargo, el conseguirlo tiempo suficiente para que toda la escena ocurrida en el umbral de la escalera pasara desapercibida para él. Lentamente lzó los párpados, hiriendo su retina la luz del nuevo día, todavía débil.

En el primer instante, los recuerdos aparecían borrosos, indeterminados en su conciencia. Un aturdimiento profundo le dominaba todavía. ¿Qué sucedió?... La pregunta quedó sin respuesta concreta.

Dimas procuró incorporarse y hubo de conseguirlo sin la menor dificultad. Ya en pie, convenciéndose satisfecho de que no sufría la más pequeña lesión. Entre tanto, el recuerdo hízose más firme. Sin esfuerzo rehizo imaginativamente el momento en que Grendín, al que había podido conocer, le hizo desplomarse sobre los pétreos peldaños de la escalera.

Entonces reflexionó unos instantes profundamente.

—Grendín es el criado del embajador de Austria y éste debió caer sin duda, en las uñas de los sayones... ¿Entonces Grendín deseaba perseguir al prometido de Carlota para vengar a su amo? ¡Sin duda! Para conseguirlo comprendió que yo podía estorbarle y de aquí su agresión...

Como sabemos, el asunto era mucho más complicado de lo que Dimas suponía.

Ya disponía el criado de toda su voluntad y además de toda su razón. Súbitamente, y como si una profunda alarma le agitara el espíritu, hubo de preguntarse:

—¿Y entre tanto qué habrá sido de Alonso?

Rápido, disponiendo de unas maravillosas energías, descendió por la escalera de servicio y atravesó el umbral. Al llegar a la calle detúvose un tanto decepcionado. Nada, ni el menor rastro de Alonso.

—¡Y es preciso, absolutamente preciso orientarme!... Alonso salió del cuarto de la reina... ¿Hacia dónde iba?... No lo sé, pero no es difícil adivinarlo. El muchacho adora a Carlota; es valiente y resuelto y hallándose la dama de la reina prisionera en las cárceles del Santo Oficio, si Alonso quedó con vida, no pudo dirigirse a otra parte.

En aquellos instantes Dimas había olvidado a su señor, perdió prácticamente su condición de criado del Cardenal para convertirse en el más decidido protector del joven caballero. Desdichadamente ya era tarde para evitar el lamentable atentado de que Grendín hizo víctima al enamorado de Carlota.

Apresurado encaminóse hacia el vetusto edificio de la Inquisición. La ligereza de sus piernas era impropia de su edad, bastante avanzada y tal apresuramiento formaba extraño contraste con la nieve del tiempo, que ya cubría el poco cabello que podía advertirse sobre sus sienes.

No tardó mucho en descubrir los gruesos muros de las cárceles del Santo Oficio. Entonces moderó la marcha para acercarse al tenebroso palacio cautelosamente, sin perder un solo detalle, procurando hallar un rastro, una segura orientación para sus pesquisas.

No esperaba Dimas la dolorosa sorpresa que pronto hubo de recibir.

Súbitamente sus pupilas descubrieron un cuerpo inmóvil desplomado a pocos pasos del torrente, y al descubrirlo una exclamación de angustiosa sorpresa escapóse de sus labios.

—¡Es él! ¡Es Alonso! ¡Por vida del diablo! Se me adelantó el asesino.

Ya junto al herido el criado pudo descubrir una mancha de sangre casi coagulada que es advertía bajo el cuerpo de la víctima. Inclínose sobre el desdichado caballero y, por unos segundos quedó inmóvil, dominado por una profunda tristeza y un absoluto desaliento.

Dimas no pudo advertir que en aquellos instantes abandonaba el edificio de la Inquisición un apuesto y elegante caballero que hubo de fijarse en el doloroso grupo que formaban el criado y la víctima. El tal caballero no era otro sino el conde de Melgar, el Almirante de Castilla, que abandonaba el edificio, luego de celebrar con el inquisidor Mendoza la breve entrevista que ya conocemos.

III

IMPORTANTE DESCUBRIMIENTO

El de Melgar reconoció en el hombre muerto, al parecer, por su inmovilidad y la densa palidez de su rostro, al futuro duque de Medinasidonia, y no quiso dar crédito a sus ojos. Vió que junto al desplomado caballero hallábase Dimas, y en lugar de avanzar se detuvo. Aquel hecho encerraba, sin duda, demasiada importancia, y era preciso ver sin ser visto, advertir sin ser advertido.

—Parece imposible, y sin embargo es cierto. Se trata de Alonso Pérez... ¡No cabe la menor duda! Entonces... Acaso no han pasado dos horas a partir del instante en que lo hice prender junto a la puerta de palacio... ¿Ha intentado fugarse? ¿Se ha estrellado al caer del torreón? ¿Acaso es Dimas el asesino?...

Para tantas preguntas no pudo hallar el Almirante ni una sola respuesta satisfactoria.

Advirtió que el ayuda de cámara del cardenal hallábase hondamente afectado.

—¡Por su actitud, Dimas no debe ser el culpable! ¡Si hablara, si pronunciara siquiera una palabra!

Con la esperanza de que así sucediera, el de Melgar pegó su cuerpo al muro del edificio y avanzó algunos pasos, dispuesto a retroceder rápidamente, antes de que el triado lograra descubrirle.

Ya estaba muy cerca del ayuda de cámara, cuando Dimas pronunció sordeamente, mientras alzaba los cerrados puños sobre su cabeza.

—¡Ah!... Grendín... Maldito Grendín. Una mujer maldita ha dirigido tu brazo, pero tú has sido el verdugo. ¡Te juro que habrás de expiar tu culpa!

Estas palabras fueron escuchadas por el almirante, que hubo de retroceder rápidamente al advertir que Dimas, tomando el inanimado cuerpo de Alonso sobre sus brazos, trataba de incorporarse. El de Melgar pudo ver un segundo más tarde cómo el criado del Cardenal, conseguido ya su propósito, desaparecía conduciendo a la víctima tras la esquina de una próxima calleja.

Entonces murmuró el Almirante:

—Por lo menos ya conozco el nombre del saesino... Grendín... ¿Grendín? ¿Acaso no es ese el nombre del escudero del vizconde de Leitha, el embajador de Austria?... ¡En efecto! ¡Todo está comprendido!... La maldita mujer de que hablaba Dimas es Mariana de Austria.

No debía estar muy seguro el de Melgar de cuanto sus pupilas acababan de ver, porque, tras un segundo de reflexión hubo de murmurar:

—Pronto puedo convencerme. Si Alonso permanece en su calabozo, puedo asegurar que sueño despierto o que una extraña pesadilla acaba de dominarme.

Resueltamente penetró de nuevo en la Inquisición y dirigióse a la puerta del calabozo, donde minutos antes suponía que Alonso Pérez estaría encerrado.

Interrogó al esbirro que, en funciones de carcelero, hallábase próximo al indicado lugar.

—¿El preso que se hallaba en este calabozo ha intentado fugarse?

—¿Que se hallaba, dice? ¿Acaso ha salido desde que entró?

—¿Lo encerraste tú mismo?

—Con mis propias manos, señor, y en presencia del padre Pascual, pero... me habéis alarmado... ¿A qué vienen esas preguntas?

—¿Tú sabes que el preso está en el calabozo?

—¿Y dónde ha de estar? Si tiene pacto con el diablo, bien puede haberse escapado por el agujero de la cerradura. Eso pronto hemos de verlo...

Y el esbirro, tomando un pequeño farol de aceite que hallábase colocado sobre uno de los muros del pasadizo, lo acercó a la rejilla abierta en la puerta del calabozo. Miró a través del pequeño enrejado y sonrió tranquilo.

—Ya lo creo que está; y con la mordaza puesta todavía, porque así dice el padre Pascual que lo ha mandado monseñor.

El de Melgar pensó, al escuchar aquellas palabras:

—Pero... si el calabozo está ocupado y no es Alonso el preso, ¿qué endiablado misterio encierra esta maldita cuestión?

Arrancó luego el farol de las manos del carcelero y examinó por sí mismo el interior del reducido y lóbrego recinto.

Pronto pudo reconocer al detenido, no obstante la mordaza que le aplastaba los labios, cubriéndole casi la mitad del rostro.

A punto estuvo el de Melgar de lanzar un grito de sorpresa.

—¡El embajador austríaco!

Guardóse mucho de expresar estas palabras, cuyo significado cruzó rápidamente por su cerebro. Fingió absoluta serenidad, y devolviendo el farol al carcelero, dijo:

—¡Está bien! Se trata de un preso de mucha consideración. ¿Entiendes?

—Ya me lo dijo el padre Pascual, señor conde... y por eso no me he separado de la puerta del calabozo.

—Sobre todo no consentas que nadie se acerque a la puerta. Solamente monseñor y nadie más.

—Descuidad. Sé cumplir con mi deber como el primero.

El de Melgar, caminando pausadamente, volvió sobre sus pasos y, minutos más tarde tornaba a salir del tenebroso edificio.

IV

PELIGROSA CONFIDENCIA

Ya en la calle, el Almirante de Castilla, hondamente preocupado, caminó al azar, absorto, dominado por las ideas derivadas de su reciente descubrimiento.

—Es decir—imaginaba—que Mariana de Austria ha ordenado el asesinato de Alonso y ha sido Grendín, el criado del embajador austríaco el encargado de realizarlo. ¿Con qué fin? ¿Acaso para eliminar a los defensores de la reina? Mariana de Austria no desconoce mis simpatías hacia los Borbones. Sabe que a la muerte de Carlos yo deseo un rey francés para el trono de España y que en el Consejo soy el único que sostiene semejante opinión... ¿Y se ha olvidado de mí para fijarse en Alonso Pérez?... No deja de ser extraño... Acaso exista otro motivo más concreto para que el futuro duque haya sido la víctima, pero... ¿cuál?

Al llegar a este punto el conde de Melgar, no pudiéndose responder satisfactoriamente, hubo de suspender sus reflexiones.

—¡En fin!—prosiguió, tras una pausa—. El caso no tiene explicación posible, tanto más, cuanto el embajador de Austria hállese en un calabozo del

Santo Oficio... Bien, pero entonces, al que yo mandé detener no era Alonso... sino el conde de Leitha... ¿Y hube de atreverme?... Es claro que yo no podía suponer semejante cosa. ¿Qué diría el Archiduque Carlos si le fueran con la embajada? ¿Qué dirá si llega a enterarse?...

Mientras reflexionaba el conde de Melgar proseguía caminando y hallábase a bastante distancia de la Inquisición. Sin proponérselo había emprendido por pura casualidad, acaso guiado por un secreto instinto, el camino de Palacio, y cuando para dar tregua a sus cavilaciones alzó la frente, sus pupilas descubrieron las torres del Alcázar.

Quedó el Almirante algunos segundos con la mirada fija en la fachada de la regia residencia. Acaso no la veía. Una súbita idea acababa de nacer en su cerebro y acaparaba todas sus facultades.

—Procedamos con orden. La ocasión pasa una vez y acaso tan sólo una vez en la vida, y el secreto para obtener el triunfo no consiste más que en saber aprovecharla... El embajador de Austria está en las manos del inquisidor. Este ignora su presa. Supone haberse apoderado de Alonso, pero, sin duda, no desdenará al sustituto. ¿Quién mejor que el conde de Leitha para descubrir el misterio acerca del atentado contra la reina? El austríaco es astuto, pero cobarde y cantará tan pronto le amenacen con el tormento.

—Mariana de Austria corre un grave peligro, pero sería preciso precipitar su caída, hacerla inevitable y rápida... ¿Cómo?

El de Melgar exprimió su cerebro para hallar la idea que había de proporcionarle el triunfo. Trabajo le costó, pero al fin creyó haberla encontrado.

—¿No había ordenado el rey la libertad de Alonso?... El mismo salvó de la cárcel a la desdichada víctima de la reina madre. ¿Y habiéndolo realizado así el monarca quién tiene bastante autoridad para asesinar al protegido del rey? Carlos II procurará castigar al culpable... ¿Aún siendo Mariana de Austria? Quizás... El rey es abúlico, pero tiene el carácter impulsivo, vengativo a veces de todos los débiles. El inquisidor y yo fuimos los primeros en oponernos a sus órdenes, creyendo detener al futuro duque, pero esto tan sólo el padre Mendoza y yo lo sabemos. Todo consiste, pues, en contar al rey el suceso, indicarle el nombre del matador, repitiendo las palabras del criado, sin nombrar a éste, para evitar complicaciones y luego basta con esperar las consecuencias que supongo no han de hacerse esperar... Después... ¡Justo!... Para después, acaso puede darse un golpe definitivo... pero esto más tarde. Además es cosa grave y será preciso meditarlo mucho antes de hacerlo... El rey madruga y es buena hora para entrar en palacio.

Ni corto ni perezoso, el de Melgar atravesó la verja que rodeaba el espléndido jardín del alcázar y dirigióse a uno de los paseos centrales, donde esperaba hallar al monarca.

No tardó mucho en descubrirlo. Carlos II caminaba lentamente, dialogando como de costumbre con el duque de Harcourt. A su izquierda avanzaba el padre Froilán, que no perdía una sola palabra de las que se cruzaban entre el monarca y el embajador francés.

Tras los tres personajes caminaban dos criados, llevando un sillón para el rey.

El de Melgar acercóse resuelto al monarca y le saludó con profunda reverencia.

Un segundo después iniciaba la confidencia que había de provocar la visita que ya conocemos del rey al cuarto de María Luisa. En la corte preparábase acontecimientos de suma importancia.

¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

AVENTURAS PRODIGIOSAS

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- LA AVENTURA INFANTIL.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JACK Y DOLLY (Emocionantes aventuras de dos huérfanos alrededor del mundo).—18 cuadernos a 10 cts. cuaderno
ROCK (Emocionantes heroísmos y luchas prodigiosas de un muchacho intrépido).—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS HEROES DEL AIRE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RAUL, EL PAJE VALEROSO.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CABRIOLA, EL SALTIMBANQUI PRODIGIOSO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MILIN, EL REY DE LA AUDACIA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TRIC Y NELLY (Aventuras de dos huérfanos en tierras de canibales).—10 cuad., a 10 céntimos cuaderno.
NÉD, EL REY DEL AIRE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FANET (Extraordinarias aventuras de un intrépido grumete).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KIT, AVENTURAS DE UN NIÑO ROBADO.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TIT, EL HIJO DE SHERLOCK HOLMES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FLODELIS, EL PEQUEÑO MOSQUETERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BOB, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
QUIQUET, EL REY DE LOS AVENTUREROS.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
QUINTIN, EL BOLIDO HUMANO.—42 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BALA SEGURA, EL PEQUEÑO HEROE DE LA PRADERA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.
PILDORITA, EL GOLFILLO AVENTURERO.—16 cuad. a 10 cts. cuaderno.
TONI (Aventuras de un joven español en el país de las pieles rojas).—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FANFAN (Prodigiosas aventuras de un muchacho intrapido y valeroso).—40 cuad., a 10 céntimos cuaderno.
SAKO, EL REY DEL VALOR Y DE LA FUERZA.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TINO, EL INTREPIDO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RIKI (Prodigiosas y heroicas aventuras de un niño huérfano y pobre a través del mundo).—36 cuadernos a 10 cts. cuaderno.
RATAPLAN, EL TAMBORILERO DEL REGIMIENTO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EN BUSCA DE AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FRED (Heroicas aventuras de un joven abnegado y valeroso).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DELFIN, EL GRUMETE DE LOS CORSARIOS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
AVENTURAS DE RIN-TIN-TIN, EL PERRO JUSTICIERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RALPH, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
AVENTURAS DE DOS HUERFANOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
WALTER, EL PEQUEÑO SALTIMBANQUI.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL BARON MISTERIO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
HALKER NOWE, EL PEQUEÑO CORSARIO.—4 cuad. a 10 cts. cuaderno.
EL PEQUEÑO AVENTURERO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL CLUB DE LOS ENMASCARADOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DECKER DOW, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JACK WILLS, EL TERROR DE LA PRADERA.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.
DEKER, EL TERROR DE LOS PIRATAS.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.
TARARI, EL VALIENTE CORNETIN.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FLORIAN, EL CADETE DE LA REINA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TITAN DE BRONCE (Aventuras de un capitán de 20 años).—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FERMIN DE CASTRO, EL GUERRILLERO FANTASMA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

Dichas obras puede Vd. adquirirlas por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial. El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo.

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas:

SR. D. JUAN BRUGUERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA